

# **María, corona poética de la Virgen**

*José Zorrilla*

*Al Excmo. Sr. D. Manuel Joaquín de Tarancón, obispo de Córdoba y senador del reino.*

*Excmo. e Ilmo. Señor.*

*La amistad íntima y antigua que habéis dispensado a mi familia, el cariño que me habéis mostrado en mi niñez, los buenos consejos de que os es deudora mi juventud, y el aprecio que habéis hecho de mis obras literarias, me han impulsado a tomarme la libertad de dedicaros mi CORONA POÉTICA DE LA VIRGEN: esperando que recibiréis mi dedicatoria como leal testimonio de lo honrado que me considero con vuestra generosa amistad, de la buena memoria que guardo de vuestro cariño, del respeto con que he recibido vuestros consejos, y de la alta estimación en que tengo los juicios de vuestra ciencia. Permitid, pues, que aproveche en favor de mi presente obra el prestigio que la dará vuestro ilustre nombre. Sabéis mi historia y conocéis mis extravíos: sé que sois justo al juzgar aquella, y benigno para con estos; leed mis religiosas inspiraciones, como habéis leído mis profanos versos, y comprenderéis el fondo del corazón de vuestro más atento, reconocido y respetuoso amigo.*

*José Zorrilla.*

## Prólogo

*Este venturoso siglo de las luces y de la civilización, en que fue voluntad de Dios hacerme nacer, juzgará que al escribir el presente libro no he tenido más objeto que el de una lucrativa especulación. El nombre de MARÍA, impreso en su primera hoja, y el sagrado asunto de su divina historia esparcido por las siguientes, juzgará que es sólo el cebo de que he discurrido servirme para explotar la devoción del pueblo católico de nuestra España; pero el siglo de las luces y de la civilización, a pesar de estos títulos que él mismo se aplica, y de los cuales quiera Dios que no sea ignominiosamente despojado por las edades venideras, se equivoca completamente.*

*Yo he escrito este libro bajo la inspiración espontánea de una devoción sincera, concebida desde la niñez a la Madre de Dios, y a la luz de la fe pura y sencilla del Evangelio. He aquí una confesión que el siglo sabio afectará oírme con desdeñosa sonrisa, y que yo me complazco en hacerle sin desconcertarme ni correrme. Por el contrario: cáusame compasión contemplar a mi siglo en medio de la fortaleza de su ciencia y de su civilización, sin atreverse a confesar en voz alta sus creencias religiosas, porque teme a su vez servir de mofa a la despreocupación, ídolo contrahecho y repugnante que él mismo se ha creado, en cuya esclavitud se ha constituido él solo, y al que se ha visto obligado a adorar, para encubrir la vergonzosa verdad de que ha dado la vida a un monstruo, que ha esclavizado a su padre desde el punto en que nació. Yo tengo lástima y no miedo a un siglo que proclama la libertad y no osa decir lo que cree su conciencia, por un temor pueril del ridículo, quimera que sólo existe en su imaginación asustadiza, cuando en su conciencia y en su experiencia está plenamente convencido de que sin fe, sin creencias, sin religión, no hay prosperidad pública, ni felicidad doméstica, ni ciencia, ni civilización, ni libertad. El siglo de las luces no puede ignorar esto, una vez que es sabio y debe conocer la historia de los siglos que le han precedido: la de todos los pueblos, la de todas las revoluciones le debe de haber convencido de esa verdad inconcusa.*

*¿Por qué, pues, avergonzarse de practicar los preceptos o las devociones de la religión en que se ha nacido? ¿Por qué esconder en el fondo de la familia y relegar a la soledad de la alcoba las demostraciones de una fe, a la que no podemos menos de volver los ojos en las tribulaciones de esta vida de tránsito que arrastramos sobre la tierra? Ningún pueblo del universo, ninguna secta religiosa tolerada, tiene empacho en la práctica manifiesta de las devociones de su creencia; sólo los Católicos en estos últimos años parece que nos proponemos dar a entender que tenemos por pobreza de espíritu las demostraciones exteriores de la fe que profesamos: como si las ciencias, la civilización y el progreso social estuviesen en*

*contradicción con Jesucristo, apóstol y mártir de la igualdad, cuya religión hace libres a los hombres en medio de la servidumbre, del cautiverio o de la esclavitud. El sabio incrédulo, que sustituye el nombre de Dios con el de la naturaleza ante los espectáculos tranquilos de la creación, como la presencia de las primeras flores, la salida del sol por encima de las montañas coronadas de nieve, y la alegre vista de las campiñas alfombradas con el movable tapiz de las mieses ya sazonadas y los viñedos que comienzan a verdear, busca en su corazón el nombre de Dios y no el de la naturaleza ante los espectáculos más terribles con que esta le demuestra la omnipotencia de su Hacedor supremo; y en el fondo del camarote de la nave perdida y desarbolada por el huracán, no se acuerda de la naturaleza, en la que causas físicas producen la tempestad que amenaza sumirle en los senos inmensurables del mar irritado, sino de Dios que puede salvarle de la muerte próxima, y enviar a su alma un rayo consolador de esperanza en las tinieblas de la borrasca. El sabio razonador y el incrédulo filósofo, invocan el nombre de MARÍA con todo el fervor de que son capaces, cuando ven a los marineros del buque en que navegan, abandonar su casco maltratado a la merced de los vientos, y arrodillarse delante de sus escapularios invocando a gritos a la Madre del Redentor, entre los rugidos del trueno y a la luz de los relámpagos, únicas antorchas funerales que alumbrarán su sepultura, que ven abrirseles a cada momento entre las olas espumosas, que se desgarran bajo sus pies como una frágil tela de seda rasgada por el mercader.*

*Si la ciencia, pues, y la despreocupación tienen al fin que acudir con espanto a la luz de sus olvidadas creencias, cuando ven cercana la lóbreguez de la tumba ¿por qué yo, más cuerdo y más osado, no he de consignar en un libro las que, en las amarguras de mi existencia, han vertido sobre mi pobre corazón el bálsamo tranquilizador de la esperanza, sosteniéndome para luchar con la incertidumbre del porvenir nebuloso, y las mundanas tribulaciones?*

*Cuando niño, solo y descorazonado, lloraba yo sobre mis pobres versos, pensando en que jamás llegaría un día en que recibiesen el honor de ser impresos, ni menos celebrados, volvía mis ojos arrasados de lágrimas a la imagen de MARÍA, invocando su auxilio para que me ayudase a conseguir una gloria profana, que era la ambición de mi juventud, y por la que hubiera dado entonces la mitad de los días que me restaban que vivir. -«Si yo lograrse (decía yo a la Virgen en mi infantil desvarío), si yo lograrse un gran renombre que me diera crédito para con mi Nación, yo cantaré tus alabanzas en versos apasionados y cadenciosos, y mi voz los derramaré sobre la atención de mi pueblo con una majestad y una armonía semejantes a la de un río fecundador que conduce sus ondas por las llanuras de una vega cubierta de flores.»*

*¿Y quién dice que Dios no ha otorgado al hombre el cumplimiento de la pueril ambición del niño, para que el hombre cumpla a su vez la oferta que hizo el niño a su divina Madre?*

*Por eso he escrito este libro; y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta explicación a los que tienen fe religiosa.*

*He tenido además otra razón, menos santa aunque no menos poderosa, para dedicarme a la composición de la presente obra. La revolución y las tendencias del siglo, franqueando más ancho y seguro campo al ingenio y al saber, y libertando a la prensa de las trabas que anteriormente la coartaban, debía naturalmente de producir hombres grandes, cuyos pensamientos innovadores y avanzadas teorías, cambiaran la faz de nuestra España, abriendo los cimientos de el suntuoso alcázar de una civilizadora ilustración, que debió seguir inmediatamente los pasos de la libertad. Esta era la hora de los grandes acontecimientos y reformas literarias, de las luminosas publicaciones, y de las útiles y necesarias fundaciones de escuelas e institutos, donde el plantel de nuestra juventud fecundado al sol de las sanas doctrinas y regado con los veneros de una sabia y prudente dirección, germinara y se robusteciera en la fe y en la ciencia, para elevar mañana a la Nación al grado de prosperidad y al lugar digno que ocupó en otro tiempo entre las demás naciones de Europa. Pero he aquí el siglo. La guerra civil, sin duda, y causas que a hombres más sabios pertenece el escudriñar, vinieron a dar en tierra con tan halagüeñas esperanzas. El desorden consiguiente a la división del país lo confundió todo en su torbellino, y dos demonios se levantaron en medio de este tumulto para desventura nuestra: el demonio de la especulación y el demonio de la poesía. Del primero ingenios más profundos hablarán en su día; del segundo voy a decir yo algunas palabras: yo, que debo de conocer su historia, puesto que, adorador ciego del ídolo devastador, he venido al fin a parar en torpe sacerdote de su deforme templo.*

*El demonio de la poesía se apoderó de la juventud y con ella de todas las clases de la sociedad. Una voz incendiaria, se alzó en el tumulto anunciando que era preciso derribar el edificio viejo de la literatura para reconstruirle: y cayeron las buenas tradiciones literarias bajo el peso de las desenterradas cántigas de los Trovadores, de los romances de Gaiferos y de la multitud de trobas lamentosas, desesperadas endechas y espeluznadoras leyendas que entonces a porfía se publicaron. Innumerables papeluchos aparecieron bajo el nombre de periódicos de literatura y artes, embadurnados con grotescos grabados y detestables litografías, los cuales, después de vivir algunos meses con descrédito de las artes y de la literatura, murieron sin dejar siquiera un recuerdo y sin merecer una lágrima. Uno solo, cuya edición esmerada y bellos dibujos eran acaso dignos de más atención y mejor fortuna, quiso entablar una razonada polémica a favor de las nuevas doctrinas, aunque cediendo también a la exageración y virulencia de la época; pero juzgado con precipitación, o desapercibido entre los demás, concluyó su existencia, en su vigor juvenil, sin lograr el fin que se había propuesto. Los*

*periódicos políticos, a imitación de los de Francia, abrieron su folletín a las letras, y un nublado de poesías insulsas y de noveluchas disparatadas se introdujo en las familias, para acabar de perder el juicio de los hijos desaplicados y de las hijas marisabidillas y romancescas. Este era tal vez el momento de la regeneración literaria: este era el crepúsculo que debía de haber sido precursor de un día sereno, esplendente y fecundador para la literatura nacional; pero aquí como siempre la esterilidad del siglo de las luces sofocó las semillas próximas a dar fruto, y la revolución literaria, como la política, por intentar remontarse a más altura de a la que podían subir sus tiernas alas, se fatigó por mucho tiempo en inútiles y mal dirigidos esfuerzos. La revolución literaria, con peor suerte que la política, paró al fin en una vergonzosa bacanal, en la que el demonio de la poesía embriagó a la juventud, descarriando o embotando su talento, y un enjambre de melencólicos poetas nos desparramamos por la Península para inundarla, hastiarla, y embriagarla a nuestra vez con los desdichados y repugnantes engendros de nuestras imaginaciones calenturientas. ¡Y he aquí el siglo! Ni un solo genio poderoso, ni una voz pujante y avasalladora se levantó en aquel Pandemonium, capaz de acaudillar aquella juventud, falta solamente de una bandera, privada sólo de un capitán prudente y audaz que utilizase las fuerzas que realmente poseía. ¡He aquí el siglo! No hubo un piloto que dominase aquella tripulación desordenada, y que asiendo con brío el timón de aquella hermosa nave, próxima a salir del astillero para ser votada a la mar, la condujese majestuosamente sobre las ondas. El tumulto se apaciguó por sí solo, cansado y aniquilado por su mismo desorden: la juventud se desbandó sin jefe, y la hermosa nave de la regenerada literatura se pudrió en la playa, como una vieja e inútil barca abandonada por los pescadores. Los viejos y los maestros de la antigua escuela clásica, sorprendidos por la nueva y turbulenta generación de poetas, se encastillaron en el silencio, o se adormecieron en la inacción indignados o sobrecogidos. Los jóvenes se lanzaron en alas de su delirante fiebre, y guiados por sus ya viciados instintos, a cantar imaginarios pesares, en composiciones notables sólo por sus bárbaras y monstruosas formas; y como para usurpar el título de poetas no se necesitaban años de estudios, certificaciones universitarias, ni testimonios académicos, el demonio de la poesía se arrellanó sobre un mismo trono con la guerra civil, y la magistratura, el foro, el ejército y todas las clases de la sociedad se vieron invadidas por aquel turbión de poetastros. Pronto tuvieron los más que reducirse a ser imitadores de algunos pocos, que procurando salvarse del naufragio universal, llegaron a la ribera asidos a las rotas tablas de las antiguas tradiciones. La reacción comenzaba a efectuarse, pero necesitaba tiempo; el gusto del público se había estragado completamente, escaldado su paladar por los acres y venenosos manjares de los sangrientos espectáculos importados de Francia, y mas todavía por la multitud de abortos que los parodiadores de aquella horrenda escuela le regalaron. El demonio de la poesía extendió su maligna y emponzoñadora influencia hasta la cátedra de la*

*verdad, y tal vez se habló desde el púlpito de la purísima y celestial belleza de las vírgenes y de las mártires complaciéndose torpemente en las descripciones de sus torneados brazos, de su cuello y hombros velados sólo por sus rizados cabellos y de su encantadora sonrisa, como pudieran describir los poetastros la hermosura impúdica de la dama de un castellano de los tiempos feudales, o de la favorita de un príncipe Musulmán.*

*Tendamos un velo sobre tan insensatas profanaciones: ni a mí me toca ser el denunciador de semejantes abusos, ni estamos ya a Dios gracias en aquellos lamentables días.*

*Basta empero lo expuesto para explicar otra de las razones que han influido en mí para emprender la composición de mi libro de MARÍA. Yo soy uno de aquellos jóvenes calenturientos, que se empeñaron con obstinada tenacidad en penetrar a la fuerza en el templo de la poesía, y amparado por la fortuna y aplaudido por la multitud fascinada, publiqué infatigable volumen tras de volumen, escribiendo desenfrenadamente versos sobre versos, como si fuera cuestión de velocidad o de ganar el premio de una carrera. Como cae mas fácilmente a las manos un volumen de una obra mala que consta de veinte, que el único de que consta una obra buena, mi fecundidad monstruosa me puso en moda, fui más leído que otros autores que en conciencia valían más que yo, y los ciento cuarenta mil versos que llevo publicados me han formado, bien contra mi voluntad, un proselitismo, una escuela a cuya cátedra no he tenido intento de subir jamás: una cohorte de sectarios que sigue mis pasos, que copia mis pensamientos, que imita los metros en que escribo, que se abandona a mis errores y extravagancias, y que pone mis versos a cuestión de tormento para prohijarles, concluyendo por creerlos parto original de su ingenio, cuando ha conseguido descoyuntarlos alterando su sentido, quitando la armonía a alguna feliz combinación de palabras, o destruyendo la solidez de construcción, que logro dar alguna vez a pocos de los muchos que he producido: pero sin que en estas correcciones tuyas gane nunca nada mi primitivo pensamiento, ni en claridad, ni en armonía, ni en robustez, ni en precisión. Lo mismo sucede a los demás escritores que han alcanzado por su mérito real y constante laboriosidad la reputación que yo alcancé por el favor de la suerte y la oportunidad de mi aparición en la escena literaria: pero mis prosélitos son intolerables y lo que es peor, infinitos. Considerando, pues, que no debo contribuir a la perdición de sus almas, como he contribuido (aunque involuntariamente) a la perdición de sus ingenios, he determinado variar de rumbo y dedicarme a la poesía sagrada: con lo cual, dado caso que no se aparten de mis huellas, sus rapsodias no ofenderán a la moral, no despedazarán la historia y las tradiciones, no indignarán el buen juicio de las gentes sensatas, que me tomarán al fin por su caudillo voluntario, y al menos sus versos, si los escriben con fe sincera, serán atendidos en el cielo aunque no sean apreciados sobre la tierra. Acaso sus almas me deberán la dicha de ser bien recibidas en el Paraíso después de su muerte, y la sociedad me*

*será deudora de un gran bien; puesto que, dando a mi escuela dirección tan santa, mis discípulos la darán buenos y piadosos ejemplos, ya que no bellas y castizas producciones.*

*Y esta es otra razón de las que he tenido para escribir este libro, y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta explicación a los que tienen fe literaria.*

*En cuanto al mérito e importancia que pueda yo atribuir a esta obra mía, poco tengo que decir; los que me conocen saben el poco aprecio en que tengo yo mis escritos. MARÍA es la obra del cristiano, no la del poeta. El poeta la tiene en tan poco como a sus demás obras: el cristiano la tiene en tanto como a su salvación.*

*Mi corona poética de la Virgen, ni en su argumento ni en su desempeño, tiene la pretensión de la originalidad. ¿Qué dirá el poeta de MARÍA que no hayan dicho los Santos Padres de la Iglesia?*

*Fácil me hubiera sido atestar de notas mi obra; pero no aspiro, a pasar por erudito a los ojos del vulgo: los libros de donde pudieran tomarse notas para semejante obra son conocidos de todo el mundo, y la vida de la Virgen últimamente publicada por el abate Orsini, contiene todo cuanto en explicaciones y notas puede desear el curioso devoto.*

*Escaso de ciencia, e insuficiente de todo punto para llevar a cabo el divino pensamiento del libro de MARÍA, declaro que le someto sin restricción al juicio de la censura eclesiástica; y si mi ignorancia me arrastra a estampar en el contesto de mi obra alguna proposición, alguna idea o alguna palabra que no esté en armonía con los dogmas y doctrinas de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, desde ahora para entonces protesto que son involuntarias, que me retracto de ellas y que quiero que se las considere como no proferidas.*

*José Zorrilla.*

*Madrid 1.º de Enero de 1849.*

## Introducción

Voy a contaros la divina historia  
de una mujer a quien el alma mía  
adora, y de quien son nombre y memoria  
objetos para mí de idolatría.  
Bella cual la esperanza de la gloria,  
no se aparta de mi noche y día  
su casta imagen: mi pasión, mi dueño,  
con ella vivo, con su imagen sueño.

Templo es mi corazón en donde mora:

la conocí y la amé desde tan niño,  
que de mi infancia dividí la aurora  
entre mi madre y ella mi cariño.  
Su imagen tuve en mi primera hora  
enfrente de mi cuna: el desaliño  
del lecho maternal me la dejaba  
ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fue el primero que mi labio  
aprendió a balbucear: nombre tan suave,  
que se le hiciera al compararle agravio  
al son del agua y al trinar de el ave.  
La ciencia ruin de el Universo sabio  
otro más dulce componer no sabe:  
porque es su nombre bálsamo que calma  
el mal del cuerpo y el pesar del alma.

La tierra al despertarse le murmura  
percibiendo la luz del nuevo día:  
vaga en las nieblas de la noche oscura:  
reposa en un rincón del alma mía.  
Yo le invoco en mis horas de amargura,  
le bendigo en mis horas de alegría;  
tres veces cada sol mi fe Cristiana  
le oye del sacro templo en la campana.

Al oír ese nombre soberano  
Satán huyendo amedrentado ruge  
y el alma suelta que apresó su mano:  
el mar se aduerme, que soberbio muge:  
tórname el huracán aire liviano:  
espira el trueno, que rodando cruje;  
se disipa en la atmósfera la peste,  
y Dios aplaca su furor celeste.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero  
sabe ya que le adoro: yo le he escrito  
mil veces en mis versos y le quiero  
escribir otras mil. Nombre bendito,  
luz de mi fe, de mi placer venero,  
quiero que halle en mi voz eco infinito,  
quiero que dure más que mi memoria,  
quiero que alumbre mi terrena gloria.

Quiero que de la tumba que se cave  
para que el polvo de mi ser reciba  
sobre la piedra funeral se grabe:  
quiero que el dedo del amor le escriba  
sobre mi corazón, para que lave  
con su pureza mi maldad nativa:  
porque la tierra, a su vital contacto,  
deje por él mi corazón intacto.



Y quiero, al dulce son del arpa mía,  
celebrar a la faz de el Universo  
de este nombre la santa poesía,  
con voz solemne y cadencioso verso.  
Quiero el viento llenar de la armonía  
de este glorioso nombre, y que disperso  
por sus espacios mi cantar resuene,  
y que su nombre el Universo llene.

Azucenas de abril, dad a mi aliento,  
al pronunciar su nombre, vuestro aroma:  
auras de la arboleda, el suave acento  
dadme del ruiseñor y la paloma,  
en palabra al tornar mi pensamiento:  
plantas donde su miel la abeja toma,  
dadme de vuestros jugos la dulzura  
al hablar de su gloria y su hermosura.

Espirad a su nombre terrenales  
cantares y profanas relaciones:  
desvaneceos vientos mundanales  
que embravecéis el mar de las pasiones:  
venid a oírme y preparad, mortales,  
a la luz y al placer los corazones,  
porque en verdad os digo que es su historia  
más grata que los himnos de la gloria.

Venid a mí, los que creéis que existe  
otro mundo mejor que nuestro mundo:  
venid, los que buscáis la sombra triste  
del solitario altar, en lo profundo  
del templo abandonado, que resiste  
al vendaval del siglo furibundo:  
venid y os bañaréis en la ambrosía  
del dulcísimo nombre de MARÍA.

MARÍA, emanación del puro aliento  
del infinito creador: MARÍA,  
augusta emperatriz del firmamento,  
gozo del triste, del perdido guía,  
madre buena de el huérfano, alimento  
del alma casta, luz que en la agonía  
más allá del sepulcro, en lontananza  
alumbra la región de la esperanza.

MARÍA, arca sellada, guardadora  
del tesoro inmortal de la clemencia  
de Dios; ser de su ser, fe del que ora,  
santuario del pudor, de la inocencia  
pabellón perfumado, sombreadora  
palma triunfal del Gólgota, excelencia

de los mundos creados, poesía  
del paraíso, y germen de la mía.

Tal es el nombre y la mujer que canto,  
tal es el nombre y la mujer que adoro:  
yo me prosterno ante su nombre santo,  
y a la señora de los cielos oro.  
Débil mortal, cuando me atrevo a tanto,  
que nada soy para quien es no ignoro:  
mas me infundió mi madre su cariño  
y no puedo olvidar mi amor de niño.

¡Oh Reina del zenit resplandeciente!  
voy a ser el cantor de tu existencia:  
mas tus ojos alumbran el oriente,  
los astros de placer a tu presencia  
tiemblan, corona el sol tu regia frente,  
calza tus pies la luna, tu excelencia  
no alcanza a comprender la criatura...  
¿qué ha de decir de ti mi lengua impura?

Tú, empero, inspiración vendrás a darme  
para hablar de tu gloria soberana:  
tú me darás vigor, para elevarme  
sobre el turbión de la impiedad mundana;  
tú vendrás con tu manto a cobijarme  
cuando al morir me den tumba cristiana,  
y yo a tus pies invocaré tu nombre  
libre al partir de la mansión del hombre.

Dios me inspiró al nacer la fe en que vivo,  
y Dios, mi fe para cantar, me ha dado  
gigante voz corazón altivo:  
el siglo, pues, me escuchará asombrado  
cantar la fe de mi país nativo,  
tal vez por su tormenta arrebatado,  
mas de la fe de mis creencias lleno  
con firme voz y corazón sereno.

## Primera parte

En el nombre de Dios, a cuyo acento  
brotó obediente cuanto alumbra el día,  
y cuanto más allá del firmamento  
existe, ser tomando en la ambrosía  
de su divino creador aliento,  
empiezo aquí la historia de MARÍA.  
¡Ojalá que la fe de mi palabra  
vuestra alma alumbre y el Edén os abra!

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

